

la naturaleza orgánica, tenemos que ampliar esta explicación á todo el conjunto de seres vivos, recorrer, anillo por anillo, toda la cadena de la Naturaleza. Esto es lo que me ha sucedido á mí. Después de haber investigado en lo que se convierte el hombre al abandonar la vida terrestre, he aplicado esas teorías á todos los seres vivos, animales y plantas. La fuerza de la lógica me ha hecho extender este sistema á los seres inaccesibles á nuestra vista, que deben habitar los planetas, los soles y todos los innumerables astros diseminados en la vasta extensión de los cielos. De manera que esta obra no es solamente una tentativa de solución, por la ciencia, del problema de la vida futura, es también la exposición de toda la teoría de la Naturaleza, una verdadera filosofía del universo.

Confío en que mi ejemplo alentará á otros escritores á imitarme, es decir, á aplicar las ciencias exactas al estudio del gran problema del destino del hombre después de esta vida. De este modo prestarán un gran servicio á la filosofía natural y al progreso de la humanidad.

EL AUTOR.

## LA VERDADERA RELIGIÓN

---

### CAPÍTULO PRIMERO

---

La doctrina del *agregado humano*, tal como la formulan las escuelas filosóficas modernas, es la única que puede darnos una idea de la verdadera naturaleza del hombre. Según esta doctrina, hay en el hombre tres elementos: el cuerpo, la vida y el alma.

El cuerpo es la substancia material; la vida, la fuerza vital, y el alma, la facultad de pensar.

No hay que confundir el alma con la vida, como lo hacen los materialistas: son dos cosas completamente distintas en su esencia. La vida es mortal, mientras que el alma es inmortal. La vida es un estado transitorio, sujeto á debilitarse y destruirse por una multitud de causas, al paso que el alma está libre de todo accidente y no puede morir. La vida, como el calor y la electricidad, es una fuerza engendrada por ciertas causas; después de haber tenido su principio, tiene su fin; un fin sin retorno. El alma, por el contrario, no tiene fin.

Podría definirse al hombre diciendo que es *un alma perfeccionada que reside en un cuerpo vivo*.

Esta definición nos explica lo que es la muerte. La muerte es la separación del alma y del cuerpo. Esta separación se efectúa cuando el cuerpo ha dejado de estar animado por la vida.

Las plantas y los animales sólo pueden vivir en ciertos elementos; las plantas en el aire ó en el agua; los animales en el aire; los peces en el agua, y si se les extrae de estos elementos mueren muy pronto. También hay seres que viven en elementos especiales. Ciertos vibriones únicamente viven en el gas ázoe ó en el gas ácido carbónico; los gérmenes de los vegetales criptógamos que producen los mohos, solamente se desarrollan en infusiones acuosas de materias vegetales; los peces que viven en el agua del mar, mueren en agua dulce ó ligeramente salada.

Cada ser vivo tiene su *habitación* particular, y el alma no es una excepción de esta regla. El elemento, la *habitación* del alma, es un cuerpo vivo. El alma desaparece del cuerpo cuando este cuerpo ha cesado de vivir, como un hombre abandona una casa cuando esta casa ha sido invadida y destruída por las llamas.

Esta es la doctrina de la triple alianza del cuerpo, del alma y de la vida, tal como la formulan las escuelas filosóficas modernas, y como consecuencia de esta doctrina, este es el mecanismo de la muerte.

Esta triple alianza del cuerpo, del alma y de la vida, no existe solamente en el hombre; existe también en los animales. El animal tiene un cuerpo vivo y un alma; pero el alma de los animales es muy inferior á la nuestra por el número y extensión de sus facultades. Como el animal tiene pocas necesidades, sus facultades son muy pocas y están en estado rudimentario. El hombre difiere de los animales superiores por el desarrollo mucho más considerable de las facultades del alma, siendo muy semejante á ellos por las funciones fisiológicas y la estructura anatómica. Ejemplo de esto es la raza simia.

Más adelante explicaremos con más extensión las diferencias que existen entre el hombre y el animal.

---

## CAPÍTULO II

Como después de la muerte el cuerpo del hombre y de los animales no está protegido contra la destrucción por la fuerza vital, cae bajo el imperio de las fuerzas químicas. Si el cuerpo de un animal muerto ó un cadáver humano estuviera en una caja á una temperatura inferior á  $0^{\circ}$ , ó en un espacio privado completamente de aire, ó se le impregnara de substancias antisépticas, se conservaría intacto y en el mismo estado que en el momento de abandonarle la vida. De este modo se practican los embalsamamientos. Las diferentes substancias químicas de que se impregna un cadáver, coagulan la albúmina de los tejidos, y de este modo preservan la substancia animal de la putrefacción. El mismo resultado se obtendría si se colocara el cuerpo entre dos capas de hielo ó en un ataúd que estuviera envuelto por todas partes en hielo constantemente renovado. Mantenido á la temperatura de  $0^{\circ}$ , el cuerpo no sufriría descomposición alguna, porque la fermentación pútrida no puede efectuarse á una temperatura tan baja.

De este modo se han conservado cadáveres

completos de mammutos, elefantes que pertenecían á una especie hoy extinguida y que vivieron en la época cuaternaria. En 1802, se encontró en las orillas del Lena, río que desemboca en el mar Glacial después de atravesar el país de los Yakutos en las regiones del Asia próximas al Polo Norte, un cadáver de este paquidermo, perfectamente conservado. La tierra helada y los hielos que cubrían las orillas del río donde estaba enterrado, le habían preservado de la putrefacción tan perfectamente bien, que las carnes de aquel animal, que había muerto más de cien mil años antes, sirvieron de festín á los pescadores de aquellas playas. En los países septentrionales, para conservar intacto el cadáver de un hombre sería suficiente tenerle constantemente envuelto en hielo.

Cuando el cadáver de un hombre ó de un animal está expuesto á las influencias reunidas del aire, del agua y de una temperatura medianamente elevada, experimenta una serie de descomposiciones químicas, cuyo término final es su transformación en gas ácido carbónico, amoníaco, ázoe, agua y algunos otros compuestos gaseosos ó sólidos, que representan productos menos adelantados de destrucción. Los gases ázoe, ácido carbónico, ácido sulfhídrico, amoníaco y el vapor de agua, se esparcen por la atmósfera ó se disuelven en la humedad de la tierra. Después estos compuestos, así disueltos en el agua que riega el suelo, son absorbidos por las raíces de las plantas que viven en

aquel terreno y sirven para la nutrición y crecimiento de estas plantas. En cuanto á los gases, empiezan por diseminarse en el aire, y después, volviendo á caer á la tierra, disueltos en el agua de lluvia, proveen á las necesidades de la vida vegetal. Absorbidos por las raíces, el amoníaco y el ácido carbónico disueltos en el agua que impregna el suelo se introducen en los canales de las plantas y contribuyen á su nutrición.

De esta manera la materia del cuerpo del hombre y de los animales no se destruye; no hace más que cambiar de forma, y bajo esta nueva forma va á componer nuevas substancias orgánicas.

En esto el cuerpo del hombre no hace más que obedecer á las leyes de la Naturaleza. Los cambios que él sufre, toda substancia vegetal ó animal expuesta á las influencias reunidas del aire, del agua y de una temperatura media, los sufre igualmente. Un pedazo de tela de algodón ó de lana, un grano de trigo, un fruto, fermentan y se transforman en productos nuevos, como le sucede á nuestro cuerpo. La mortaja que envuelve un cadáver se destruye lo mismo que el cadáver.

Si la substancia material que forma el cuerpo del hombre no hace más que transformarse viajando al través del globo para pasar de los animales á las plantas y de las plantas á los animales, no sucede lo mismo con la vida. La vida es una fuerza. Como todas las demás fuerzas, el calor, la luz y la electricidad, nace y se transmite; tiene

un principio y un fin. Como el calor, la luz y la electricidad, esos agentes físicos que nos hacen comprender la vida, y que seguramente tienen la misma esencia y el mismo origen, la vida tiene sus causas productoras y sus causas de destrucción. No puede volver á encenderse cuando se ha apagado, no puede volver á empezar cuando su término fatal ha llegado. La vida no puede perpetuarse: es un simple estado de los cuerpos, y este estado es fugitivo, precario, sujeto á las mil influencias y accidentes del azar.

La vida es muy inferior al alma, que es indestructible é inmortal. El alma es el elemento esencial á toda la Naturaleza. Tiene cualidades activas y positivas allí donde los otros elementos, el cuerpo y la vida, tienen elementos negativos. Mientras el cuerpo se disgrega y desaparece, mientras la vida se anonada, el alma no puede desaparecer ni anonadarse jamás.

Hemos visto en lo que se convierten, después de la muerte del hombre, su cuerpo y su vida: examinemos ahora lo que sucede á su alma.

El filósofo, el hombre instruido, los que conocen la inmensidad del universo y la eternidad del tiempo, no pueden admitir que nuestra existencia sobre la tierra sea una cosa definitiva, que la vida humana termine aquí. El hombre muere á los treinta, á los veinte años; puede no vivir más que algunos meses. La duración media de la vida se calcula en treinta y tres años. La cuarta parte de

los hombres mueren antes de llegar á los siete años y la mitad no pasa de los diez y siete. Los que viven más de esto, gozan de un privilegio que no tiene el resto del género humano.

Este intervalo tan corto, comparado con la duración general de los tiempos, con la antigüedad de la tierra y de los mundos, es como un minuto en la eternidad. Nuestra vida, tan corta, no puede ser más que un accidente, un fenómeno rápido y pasajero, que apenas debe contar para nada en la historia de la Naturaleza.

Por otra parte, las condiciones físicas de la vida terrestre son verdaderamente detestables. Expuesto á toda clase de sufrimientos por la defectuosa organización de su cuerpo, así como por las causas exteriores que sin cesar le están amenazando, sufriendo el frío excesivo y el excesivo calor, débil y miserable, viniendo al mundo desnudo y sin defensa alguna natural contra las influencias climatológicas, el hombre es un verdadero mártir. Si en algunas partes del mundo los progresos de la civilización han asegurado el bienestar á las clases ricas, en esos mismos países los sufrimientos de las clases pobres son verdaderamente horribles. La vida es un verdadero suplicio para la mayor parte de los hombres que habitan las latitudes insalubres del Asia, África y Océanía. Y durante los períodos de la vida del hombre primitivo, períodos tan largos que remontan hasta cien siglos, ¿cuál era la existencia de la humani-

dad? Era un encadenamiento continuo de sufrimientos, de peligros, de dolores.

Las condiciones de la existencia humana son tan detestables bajo el punto de vista moral como bajo el punto de vista físico. Es un hecho probado que la felicidad es imposible en este mundo. Cuando la Sagrada Escritura nos dice que la tierra es un valle de lágrimas, no hace más que expresar, bajo una forma poética, esta verdad incontestable. El hombre ha nacido para sufrir: sufre en sus afecciones y deseos no saciados, en las aspiraciones y entusiasmos de su alma, continuamente rechazados, destrozados, quebrantados por innumerables resistencias. La felicidad nos está vedada. Las pocas sensaciones agradables que experimentamos pasajeramente, las espiamos con los más crueles pesares. Tenemos afecciones para perderlas y echar de menos los objetos queridos: tenemos padre, madre, hijos, para verles un día expirar en nuestros brazos.

Es absolutamente imposible que un estado tan anormal sea definitivo. Puesto que el orden, la armonía, la tranquilidad reinan en el mundo físico, es indudable que el mismo equilibrio se encuentra en el reino moral. Si alrededor nuestro vemos que el sufrimiento es la ley constante y común, si por todas partes vemos que domina la injusticia y la violencia, que triunfa la fuerza, que las víctimas palpitan y mueren bajo la mano del opresor, esta situación no puede ser más que pasajera, no puede

ser más que un momento de transición, un momento intermediario, que la Providencia nos condena á atravesar rápidamente para llegar á un estado mejor.

¿Cuál es este nuevo estado, cuál es esta nueva existencia, que debe suceder á la vida terrestre? En otros términos: ¿cuál es el destino del alma humana, después que la muerte ha roto los lazos que la encadenaban al cuerpo? Esto es lo que vamos á averiguar.

El alma humana, después de la muerte, pasa, según nuestra creencia, á un nuevo cuerpo: va á encarnarse en otro organismo y formar un ser muy superior al hombre en potencia moral y que sigue á la especie humana en la jerarquía de la Naturaleza.

Este ser superior al hombre en la escala de los seres vivos que pueblan el universo, no tiene nombre en ningún idioma. La religión cristiana reconoce y rinde culto á un ser, el *ángel*, que puede darnos una idea de este ser. Algunos filósofos, entre otros Juan Reynaud, llaman también *ángel* á la criatura superior, que admiten como sucesora del hombre en la serie ascendente de los seres de la Naturaleza.

---

### CAPÍTULO III

Hemos visto que entre los tres elementos que componen el *agregado humano* hay uno, el alma, que resiste á la destrucción. Después de la disolución de nuestro cuerpo, después de la extinción de la vida, nuestra alma, desembarazada de los lazos que la sujetaban á la tierra, va á sentir, concebir, ser libre, en un cuerpo nuevo dotado de facultades más potentes que las asignadas á la humanidad. Va á formar lo que llamaremos *ser sobrehumano*. ¿Dónde reside este nuevo ser?

Todos los que se han dedicado al estudio de la Naturaleza saben que la vida está repartida sobre nuestro globo en proporciones verdaderamente prodigiosas. No podemos dar un paso, no podemos mirar á nuestro alrededor sin encontrar por todas partes miriadas de seres vivos. La tierra es un vasto recipiente de vida. Si nos fijamos en una brizna de hierba, en una pradera, la veremos cubierta de insectos ó animales inferiores. Mas para este examen no son suficientes los ojos: es preciso recurrir al microscopio. Por medio del cristal de aumento se ve que esta sola brizna de hierba es

refugio de toda una población viva, que nace, muere y se multiplica con una rapidez prodigiosa sobre este imperceptible dominio.

Lo que decimos de la brizna de hierba se puede aplicar á toda la vegetación que cubre nuestro globo.

Las aguas dulces que corren por la superficie de nuestro globo son igualmente el receptáculo de cantidad prodigiosa de existencias orgánicas. Sin hablar de las plantas y de los animales que viven en las aguas de los arroyos y de los ríos, y que son visibles á simple vista, si tomamos una gota de agua de una laguna y la colocamos en el portaobjetos del microscopio, la veremos llena de seres vivos, que no por ser tan diminutos que escapen á nuestra vista son menos activos y dejan de ocupar su puesto en la economía de la Naturaleza. Sabemos los habitantes que contiene el mar, pero además de los que todos pueden ver, peces, crustáceos, zoófitos y plantas marinas, los seres invisibles á simple vista, y que sólo se perciben con ayuda del microscopio, abundan en el agua del mar de tal modo, que una sola gota de esta agua, examinada al microscopio, contiene innumerables animales y plantas microscópicas.

Lo que decimos de esta gota de agua puede aplicarse á la masa de agua que ocupa el recipiente de los mares, y que cubre las tres cuartas partes de la superficie de nuestro globo.

Para formarse una idea de la enorme cantidad

de seres vivos que contienen los mares y los que en todo tiempo han contenido, basta recordar aquí un hecho conocido de todos los geólogos, y es el siguiente: todas las piedras de construcción, todos los terrenos calcáreos que forman las montañas y bancos de creta, están compuestos únicamente de restos, rotos y aglomerados, de conchas de moluscos, visibles ó microscópicos, que llenaban el recipiente de los mares en los tiempos más remotos de la existencia de nuestro globo. Todos estos terrenos están constituidos por una acumulación de conchas. Pues bien; si la vida estaba repartida con tanta profusión en los mares durante los periodos geológicos, lo mismo debe suceder hoy, porque las condiciones actuales de la Naturaleza no difieren de las que en los tiempos primitivos tenía nuestro mundo.

El aire que nos rodea por todas partes es también, como la tierra y los mares, un vasto receptáculo de seres vivos. Vemos muy raros animales volar por los aires; pero el sabio, que va más allá de la simple apariencia, sabe descubrir en el aire miriadas de existencias.

El aire nos parece puro, transparente, pero esto consiste en que no está bastante iluminado para hacernos ver todas las moléculas de cuerpos extraños que flotan en su masa. Si hacemos entrar en una habitación bien cerrada un rayo de luz, veremos un rastro luminoso recorrer la habitación, que permanece obscura en todo lo demás. Todos sabe-

mos que, gracias á esta potente iluminación, que contrasta con la obscuridad que la rodea, el surco luminoso aparece lleno de cuerpos flotantes, ligeros, tenues, que se agitan, suben y bajan, al capricho de las agitaciones del aire.

Como la atmósfera de esta habitación es la atmósfera que nos rodea, y si en la obscuridad de la noche pudiéramos hacer que la atravesara un rayo fuertemente luminoso, distinguiríamos este polvo de que está lleno el aire.

Este polvo está casi por completo compuesto de seres vivos, de gérmenes de plantas microscópicas (criptógamos) ó de huevecillos de animales inferiores (zoófitos). La pretendida generación espontánea, acerca de la que tanto se ha discutido en estos últimos tiempos, no es debida á otra causa que á estos gérmenes orgánicos que llenan la atmósfera, y que cayendo en el agua ó en las infusiones de plantas producen esos mohos, esas vegetaciones que se han querido referir á la generación espontánea, es decir, á una creación sin germen, á una generación sin causa; error completo, porque todo ser vivo tiene padres, que con un poco de ciencia y observación se pueden descubrir.

Los animales y las plantas llamados *parásitos*, son otro ejemplo de la profusión verdaderamente asombrosa con que la vida está extendida sobre la tierra. Se da el nombre de *parásitos* á los animales ó plantas que viven sobre otros animales ú otras plantas, alimentándose de la substancia de su hués-

ped obligado. Los animales mamíferos tienen cada uno sus parásitos, la pulga, la chinche, etc.; el hombre tiene el piojo, la pulga, la ladilla. Asimismo, cada vegetal tiene también su parásito. La encina da asilo y alimento á líquenes, á criptógamos especiales, como la trufa. Vemos, pues, que la vida se implanta, se injerta en la vida.

Además, estos mismos parásitos tienen sus parásitos particulares; seres más pequeños y tan diminutos, que es preciso recurrir al microscopio para descubrirlos. Si examinamos con este instrumento un líquen cogido de la encina, una pulga, un pulgón, veremos el espectáculo curioso de un ser parasitario agarrado á otro ser también parasitario y alimentándose de su substancia. Del gran vegetal, la substancia alimenticia pasa al parásito visible, y de éste al parásito invisible. En este pequeño espacio la vida está superpuesta y concentrada, demostrándonos la profusión con que la vida está extendida en nuestro planeta.

Así, pues, la superficie de nuestro globo, las aguas dulces y saladas, la atmósfera, en fin, están habitados por una cantidad enorme de seres vivos. La vida superabunda en la tierra, en el agua y en el aire. Nuestro globo es como un vaso inmenso donde se hubiera acumulado, comprimido, amontonado la vida.

Pero la tierra, el aire y el agua no son los únicos elementos de la Naturaleza. Más allá de la atmósfera se extiende otro elemento, muy conocido



de los astrónomos y de los físicos, que le han dado el nombre de *éter planetario*. La atmósfera que rodea nuestro globo, y que es arrastrada con él en su carrera á través de los espacios, así como en su rotación sobre su eje, no es muy elevada. No tiene más de 30 á 40 leguas de altura, y va disminuyendo en espesor á partir del suelo, de tal modo que, á las tres ó cuatro leguas de la tierra, está tan rarificada que llega á ser irrespirable para el hombre y para los animales. Por esta causa, en las ascensiones aerostáticas no puede pasarse del límite de siete á ocho kilómetros, porque á esta altura el aire es tan poco denso, está tan rarificado, que no puede servir para la respiración ni equilibrar el efecto de las presiones que se ejercen del interior de nuestro cuerpo al exterior y produce la rotura de los vasos sanguíneos, dando lugar á hemorragias mortales. Desde los siete ú ocho kilómetros, la densidad de la atmósfera va decreciendo cada vez más, hasta que el aire falta por completo, y esto sucede á los 120 ó 160 kilómetros. Aquí empieza el fluido que los astrónomos y los físicos llaman el éter.

Este éter es un verdadero fluido, un gas análogo al aire que nos rodea, pero infinitamente más rarificado y más ligero que el aire. No se puede negar la existencia del éter planetario, puesto que los astrónomos tienen en cuenta su resistencia para calcular la velocidad de la marcha de los cuerpos celestes, como cuentan con la resistencia del aire

al calcular los movimientos de los cuerpos que atraviesan nuestra atmósfera.

El éter es, pues, el fluido que sucede al aire atmosférico. Está esparcido, no solamente alrededor de la tierra, sino también alrededor de todos los demás planetas: ocupa todo el espacio, llena el intervalo que separa á los planetas. Es, en efecto, en el éter donde circulan los planetas que, con sus satélites, componen nuestro mundo solar. Los cometas, en sus inmensos viajes al través del espacio, circulan igualmente en el éter.

El vulgo cree que más allá de la atmósfera que rodea el globo terrestre, no hay nada más que el vacío. Pero el vacío no existe en la Naturaleza. Ya los antiguos lo creían así, cuando decían que *la Naturaleza tiene horror al vacío*. El espacio está ocupado siempre por algo, bien sea la tierra, el agua, el aire atmosférico ó el *éter planetario*.

Hemos dicho que la vida superabunda en nuestro globo, que pulula, que hormiguea en la tierra, en el agua y en el aire. Ahora bien; el fluido etéreo que sigue inmediatamente á nuestra atmósfera, ¿está igualmente habitado por seres vivos? Pregunta es esta que muy pocos sabios se han hecho hasta hoy. Sería muy sorprendente que, mientras la vida desborda, por decirlo así, en las aguas y en el aire, faltara absolutamente en el fluido que está contiguo al aire. Creo, pues, que el éter está habitado y creo también que los seres que habitan en el éter son los *seres sobrehumanos*, á quienes tengo por

hombres resucitados y adornados de todas las perfecciones morales.

La composición química del éter nos es desconocida. Los fenómenos astronómicos nos enseñan que este fluido existe, pero no sabemos cuál es su composición. Creemos poder asegurar únicamente que no contiene oxígeno, porque el oxígeno es el elemento principal del aire atmosférico, y como á medida que nos elevamos en el aire nuestra respiración se va haciendo más difícil, es de presumir que la proximidad de un gas irrespirable es lo que hace que la parte superior de la atmósfera sea inhospitalaria. El hombre que elevándose en un globo se acerca al éter, es como un pez al que paulatinamente se le va sacando del agua; el pez se va poniendo jadeante y palpitante á medida que se le va acercando á un elemento que para él es mortal. Lo mismo le sucede al hombre que se eleva poco á poco en nuestra atmósfera y se acerca al éter.

Esto nos demuestra que no hay oxígeno en el éter planetario.

Creemos que el éter planetario debe estar compuesto de gas hidrógeno excesivamente rarificado y sutilizado por la falta absoluta de presión. Confirma nuestra creencia el hecho de que en las observaciones hechas durante los eclipses totales de sol en estos últimos años, se ha visto, merced á los potentes telescopios que poseen los Observatorios astronómicos, que rodea al astro del día una capa

de gas hidrógeno inflamado que alcanza una altura de 1.800 leguas.

El espacio, que está más allá de nuestra atmósfera, tiene en todos los idiomas el mismo nombre: *cielo*. Nosotros, de acuerdo con los prejuicios y creencias populares, que casi siempre son el resumen de la ciencia y observación de una infinidad de generaciones humanas, fijamos en el *cielo* vulgar la residencia de los seres sobrehumanos.

Las religiones modernas más extendidas, el cristianismo, el budismo, el mahometismo, de acuerdo en esto con el idioma y la tradición, fijan en el cielo la morada de los elegidos de Dios.

En este punto se confunden la ciencia, las tradiciones y las religiones.

---

## CAPÍTULO IV

La muerte no es un fin: es pura y simplemente una evolución. No morimos; sufrimos una metamorfosis. El golpe teatral de la muerte no es el desenlace: es únicamente una escena emocionante del drama de la vida humana. La agonía no es el preludio del anonadamiento; no es más que el sufrimiento forzoso que en la Naturaleza acompaña á toda metamorfosis. Nadie ignora que entre los insectos, la fría é inmóvil crisálida se desgarrá para dar paso á la brillante mariposa. Si examinamos á la mariposa en el momento de salir de su tumba temporal, la veremos palpitante y calenturienta por efecto del dolor que ha sentido al romper las trabas que pesaban sobre ella. Necesita reponerse, calmarse, reunir sus fuerzas para lanzarse al dominio de los aires. Esta es la imagen de nuestra agonía. Sufrimos para salir de la envoltura material que dejamos en la tierra, para elevarnos á las esferas desconocidas que nos esperan más allá de la tumba. Sufrimos en nuestro cuerpo por el dolor físico, y en nuestra alma por las angustias

que experimentamos al vislumbrar nuestro destino cercano, que se nos aparece rodeado de las más horrosas tinieblas.

Aquí me ocurre una duda. ¿Todos los hombres, indistintamente, deben pasar al estado de ser sobrehumano? Hay en la humanidad una escala infinita de cualidades y perversiones morales: hay el bueno y el malo; el hombre honrado y el criminal. Cualquiera que sea el punto de la tierra que habitemos, sea cual fuere el grado de cultura de nuestro espíritu, seamos civilizados ó salvajes, ilustrados ó ignorantes, ya se trate de las generaciones contemporáneas ó de las que han vivido en los tiempos remotos, en todas partes, en todo tiempo y lugar existe una moral universal, una ley absoluta de equidad. En todas partes es una mala acción el matar á un semejante nuestro, robar los bienes ajenos, maltratar á los niños, ser ingrato para con sus padres, vivir mal con su mujer, atentar contra la libertad de otro, mentir, atentar contra su propia vida, etc. De un extremo á otro de la tierra, estas acciones han sido juzgadas siempre como malas. Hay, pues, naturalmente almas buenas y almas malas. ¿Hemos de creer que los buenos y los malos han de sufrir indistintamente el cambio de existencia que ha de conducirnos al estado de seres sobrehumanos? ¿Unos y otros han de gozar de la misma manera de la felicidad de la nueva vida que nos está reservada más allá de la tumba? Nuestra conciencia, ese sentimiento exquisito que

tenemos dentro de nosotros, y que nunca se equivoca, nos dice que esto no debe ser.

Mas ¿cómo puede hacerse esta separación del buen grano y de la cizafia, por las solas fuerzas de la Naturaleza? ¿Cómo puede operarse esta selección, muy difícil seguramente, porque la amalgama de lo moral con lo físico hace muy complicada esta cuestión? Vamos á copiar aquí un pasaje de un célebre escritor del siglo pasado:

«Parécenos que el alma humana, para elevarse á los espacios etéreos, debe haber adquirido un grado supremo de perfección, debe haberse despojado de todo lo que la entorpecía, que debe ser sutil, ligera, pura, exquisita: sólo á este precio puede abandonar la tierra y lanzarse á los espacios etéreos. Valiéndonos de una comparación, aunque grosera, diremos que el alma humana es como un aerostato, que subirá á las sublimes alturas con tanta mayor rapidez, con tanta mayor pujanza, cuanto más aligerada, despojada de toda mezcla impura esté. Ahora bien; el alma de un hombre perverso, malo, vil, cobarde, grosero y bajo, no ha sido depurada, aligerada, perfeccionada; está abrumada bajo el peso de las malas pasiones, por la grosería de los apetitos, que no ha podido destruir ó que no ha hecho más que aumentar. Esta alma, no pudiendo elevarse á las alturas etéreas, se ve obligada á permanecer sobre nuestro triste y miserable globo.

»El hombre perverso y malo no está llamado á

gozar, según nuestra opinión, por lo menos inmediatamente, de la vida dichosa que se disfruta en las serenas regiones del éter. Su alma permanece aquí, para recomenzar una segunda vida. Y añadiremos que vuelve á vivir una segunda vida sin conservar ningún recuerdo de su existencia anterior.

»Se nos dirá que renacer sin ningún recuerdo de la vida pasada es volver á la nada, como dicen los materialistas; porque lo que constituye la resurrección es la identidad, y sin recuerdo no hay identidad; y el individuo, como individuo, caería en la nada si renaciera sin memoria.

»Esta objeción es muy justa. Si después de nuestra resurrección al estado de seres sobrehumanos perdiéramos de una manera absoluta, irreparable, el recuerdo de nuestra vida anterior, volveríamos de hecho á la nada. Pero hemos de añadir que la pérdida de la memoria es de corta duración. El olvido de la vida pasada es solamente una condición temporal, impuesta á nuestra nueva existencia; es una especie de castigo; es, como si dijéramos, el purgatorio de los cristianos.

»El recuerdo de la vida terrestre le volverá al individuo cuando, perfeccionada convenientemente su alma, haya merecido pasar al estado de ser sobrehumano. Entonces se acordará de las buenas y malas acciones de su primera existencia terrestre ó de sus existencias múltiples, si ha tenido necesidad de renacer muchas veces para purificarse, y el recuerdo de sus malas acciones será todavía

un castigo en la morada de felicidad que habrá conquistado y alcanzado finalmente.

»A los que no asientan á nuestra opinión, haremos observar que la cuestión de las penas y recompensas después de la muerte es el escollo donde vienen á encallar todas las religiones y todas las filosofías. La explicación que damos acerca del castigo de los malos es preferible al infierno del cristianismo. El retorno á una segunda vida terrestre es un castigo menos cruel, más racional y más justo que la condenación á las penas eternas. Aquí la pena es proporcionada al pecado; es equitativa é indulgente como el castigo de un padre; no es un castigo eterno impuesto á una culpa de corta duración; es una justicia benigna que al lado del castigo pone los medios para que el alma se purifique y no vuelva á recaer.

»Al paso que el infierno del cristianismo es un castigo eterno impuesto á una culpa que no es eterna, un castigo que cierra al alma todos los caminos para volver al bien y poder recuperar la posesión de los bienes que por sus culpas había perdido. Y esto pugna contra la razón y contra la conciencia humana, porque no se puede imponer una pena infinita por una culpa finita.

»Según nuestra opinión, si durante su permanencia en la tierra el alma humana, en vez de perfeccionarse, de depurarse, ennoblecerse, engrandecerse, ha perdido su fuerza y sus cualidades primitivas, ó en otros términos, si ha encarnado en

un individuo perverso y grosero, inculto, bajo y malo, no dejará la tierra. Después de la muerte de este individuo, irá á alojarse en un nuevo cuerpo humano, perdiendo la memoria de su existencia anterior. En esta segunda encarnación, el alma imperfecta y grosera, privada de todas facultades nobles, desprovista de memoria, deberá empezar de nuevo su educación moral. Este hombre, que renace niño, recomenzará la existencia con la misma alma inculta y malvada que tenía cuando murió.

»Estas *reencarnaciones* en un cuerpo humano pueden ser numerosas. Se repiten hasta el momento en que las facultades del alma se han desarrollado lo bastante, en que sus instintos son lo suficientemente buenos y perfectos para que el hombre se haya elevado sobre el nivel general de nuestra especie. Entonces solamente esta alma, convenientemente depurada, aligerada de sus imperfecciones, podrá abandonar la tierra, y después de la muerte de la carne lanzarse al espacio para pasar al nuevo organismo que sigue al hombre en la jerarquía de la Naturaleza» (1).

Añadiremos que los niños muertos en edad tierna, los que mueren en la lactancia ó á los pocos días de nacer, cuando el alma no ha tenido ningún desarrollo, sufren una suerte análoga. Su alma pasa el cuerpo de otro niño, y vuelve á empezar una nueva existencia.

(1) Figuiet, *Le lendemain de la mort*.